

mano de Rugiero, y entre chanzas y generalidades se pasó otro rato.

—Bien, muy bien,—dijo Rugiero montando sin tomar el estribo su alto alazán;—he tenido un momento de expansión con mis amigos, y sigo con el negocio que ya saben. No sería malo reservarlo, pero estoy casi seguro que no se disparará un balazo. Voy á Palacio antes que llegue el general en jefe, para lograr hablarle á solas. Hasta más ver. (Rugiero nunca decía Adiós.)

Y levantando el fuate, el alazán voló, y en seguida el negrillo en su diminuto caballo, y una nube de polvo envolvió las dos singulares y extrañas figuras.

CAPÍTULO LVII

Las veladas de la quinta

Velada séptima

La comitiva regresó al anochecer á la quinta. Estaban ya allí el padre Anastasio y el doctor Martín, que, esclavos de su palabra, habían hecho un verdadero sacrificio en salir de su retiro de la Profesa y felicitar á sus amigos.

Era tal la alegría y la algazara, especialmente de las mujeres, que los dos eclesiásticos quedaron sorprendidos.

Manuel y Teresa al entrar á la quinta se dijeron á un tiempo inspirados por un mismo pensamiento: ¡¡¡Nos hubiéramos casado esta mañana!!!

La conversación de Rugiero había tranquilizado completamente á todos; ni sombra de duda, y por consiguiente, ni sombra de tristeza.

—Nadie dispone las cosas esta noche más que yo,—dijo Teresa.—Voy á la cocina y al comedor, y Mariana y Josecito me ayudarán. Jamás habrán comido como

esta noche lo van á hacer, y ésta será la más alegre de nuestras veladas. Refieran á los padres, sin mentar personas y bajo el sigilo de la confesión, lo que ha pasado y el motivo por que estamos llenos de placer. Vuelvo al instante.

La supuesta viuda y mujer de D. Mariano el filósofo, y su hija, la que llamaremos Carmela segunda, llegaron á poco después y fueron muy bien recibidas, y Mariana, que salió al instante á satisfacer su curiosidad, quedó admirada de la semejanza de su hija con la de la mentada viuda. La muchachuela, por su parte, tenía la misma voz insinuante, la misma amabilidad de Carmela, aunque de maneras menos finas. Juan Bolao, que nada podía disimular, llamó la atención de la concurrencia y puso á las dos muchachas juntas.

—Parecen vaciadas en un mismo molde; se diría que son gemelas, ¿no es verdad?

Todos convinieron en que en efecto Juan Bolao tenía razón, y tanto Mariana como la viuda comprendieron el enigma, pero, por supuesto, lo callaron y disimularon, y por lo demás, ninguna de las dos, salvo el amor propio, tenía ya ningún cargo que hacer al enamorado y valiente coronel, padre de las dos frescas y lindas Carmelas. Juan Bolao se propuso hablar en la primera oportunidad con Valentín y descubrir el misterio.

Pasado este incidente y las bromas que necesariamente le siguieron, el padre Anastasio quiso saber el motivo por que toda la tertulia de la quinta, estaba tan de buen humor, é hizo sus preguntas á los dos oficiales.

—En vez de guerra, y de batallas y sangre,—le contestó Manuel,—antes de tres ó cuatro días estará hecha la paz.

—¿No es una chanza?—dijo el padre Martín.

—No podíamos permitirnos con ustedes una chanza semejante,—respondió Manuel;—es noticia que yo tengo por muy segura, atendida la persona que nos la dió esta tarde en el campamento. Si reservamos su nombre es porque así nos lo encargó. Nadie en México, estoy seguro, sabe esto más que nosotros.

—¡Bendito sea Dios!—dijo el padre Martín.—¡Tanto infeliz que muere en la guerra! ¡Tantas familias en la orfandad! ¡Esos pobres soldados, sacados de su casa violentamente y llevados al matadero! ¡Qué horror! Mucha razón tienen para estar contentos, y los felicito de todo corazón.

Celestina, las muchachas poblanas, la jalapeña misma, estaban como locas de júbilo. Se les quitaba una pesadilla de encima. La mujer del cantinero únicamente no participaba de ese general bienestar. En Cerro Gordo y en el campamento del Peñón D. Mariano había hecho un verdadero capital. Copa de anisado de Mallorca, una peseta. Tortilla compuesta, un real. Botella de malísima cerveza, cuatro reales. Vino de tapalarga, con palo de Campeche, dos pesos. Rebanada de carne fría y una rebanada de queso, cuatro reales. Botella de aguardiente catalán, tres pesos. Una media lata de sardinas, un peso. Cajetilla de cigarros, dos reales. Un puro habanero, cuatro reales, y por ese estilo; así la llamada viuda quedó callada y un poco triste; además de suyo era rara de carácter y algo tonta, y esto influyó también para que Valentín terminase sus relaciones y prefiriese á Mariana, tan inteligente y cariñosa.

Arturo había salido de su tristeza y de su mutismo, y entre chanzas y veras, se inclinaba ya á la voluble jala-

peña y no cesaban de hablar y de hacerse gestos expresivos, hasta el punto de llamar la atención del padre Martín.

Bolao, que no podía resistir su curiosidad, platicaba en voz baja con Valentín, seguramente para aclarar el misterio de la semejanza de las dos Carmelas.

Joaquín y Luis, muy formales, platicaban de asuntos graves, porque el primero le había confiado sus negocios y los de Elena y Margarita, las que estaban en importante conversación sobre telas, vestidos y modas, prometiéndose que tan luego como se hiciese la paz y entrasen á la capital las mercancías que estaban detenidas en Veracruz, serían las primeras en comprar lo más exquisito.

Las dos Carmelas habían corrido al bosquecillo de manzanos y á cortar flores para adornar la mesa, para lo que les favorecía la claridad de la noche. Allá en el horizonte había algunas nubes, pero los bellos jardines de la quinta estaban alumbrados con la claridad de las estrellas y las mil luciérnagas que volaban, y además, Carmela primera sabía dónde estaban los claveles, las rosas, las anémonas y las azucenas. En momentos hicieron sus ramos, los colocaron en la mesa en floreros de colores, y volvieron á anunciar, antes que lo hiciese Martín, que la mesa estaba servida.

Teresa y Manuel ocuparon sus asientos habituales; á los eclesiásticos se les dió el lugar de honor, y cada mitad encontró su otra mitad para estar juntos. Apolonia y Arturo no se separaban, y aun arrimaron sus sillas un poco más de lo necesario.

El padre Martín observaba con enojo á esta voluble pareja.

En ninguna parte de México ni de Europa se hubiese servido una mesa mejor que la que presentó Teresa á sus huéspedes. Lo selecto de las provisiones que había comprado días antes para el caso de un sitio, sirvió para esa noche; los vinos más exquisitos comprados para surtir la quinta por Josesito y Manuel, se sirvieron á los convidados, y los postres y el Champaña encantaron á los convidados, cuya hambre se había despertado con la noticia de la próxima paz, y hasta los dos eclesiásticos no pudieron evitarse de tocar con los labios la espuma del preferido néctar de los mundanos. Concluídos los brindis por la felicidad de los recién casados, el café se sirvió, según la costumbre, en el salón, y como eran cerca de las diez de la noche, hora en que precisamente debían regresar á Palacio Valentín y Manuel, y las demás guardias nacionales á sus puestos y cuarteles, la concurrencia comenzó á disolverse.

Mientras se alistaban los carruajes y se ensillaban los caballos, el padre Martín habló aparte con Teresa.

—Es necesario que usted, que es la guía y el ángel bueno de ese atolondrado muchacho que se llama Arturo, y que me es tan simpático á pesar de su carácter tan extravagante y voluble, sepa que Aurora, ya bastante establecida, ha sido trasladada al convento de Balvanera. Me dijo que si continuaba en la Concepción estaba en peligro de volverse loca, y además, ese lugar es muy aislado y no será extraño que se vuelva á convertir en un capullo, pero lo esencial no es eso, sino la resolución que ha tomado y de la que creo que no volverá atrás. Ha cumplido, y con mucho, el año de noviciado, y está decidida á profesar.

—Eso no es posible, padre Martín,—le dijo Teresa

con mucha viveza é interés.—¿Y este pobre muchacho, cómo queda?

—No puede usted tener idea de las reflexiones de todo género, religiosas y aun mundanas, que le he hecho, y ningún argumento ha podido convencerla. Dice que ella, en el fondo, nunca perdonará á Arturo la ofensa que le ha hecho, y que una mujer que conserve aunque sea el más ligero recuerdo de un agravio, no puede ser feliz. Teme que casada, en el curso de la vida íntima alguna vez pueda Arturo echarle en cara su ligereza y sus entrevistas con D. Francisco, pero su razón y argumento principal es que Arturo no la ama, que es un joven de un carácter ligero y voluble, y que su pasión verdadera es por la jovencita que está de hermana de la caridad. En esto le sobra la razón,—añadió el doctor,—porque Arturo es capaz de matarse hoy por una mujer, y de reír y olvidarla con otra el día siguiente. Sin ir más lejos, esta noche misma lo he observado en la mejor inteligencia con esa niña de Jalapa, y parecían dos recién casados, y estoy seguro que en este momento no se acuerda ya ni de la monja de la Concepción, ni de la hermana de la caridad. ¿Quiere usted que yo apoye y procure un matrimonio entre esa infortunada muchacha y este joven que no tiene sustancia ni ideas fijas? Serían muy desgraciados. En fin, en nada me mezclaré, pues son ya asuntos de responsabilidad y de conciencia. Aurora quedará en entera libertad de disponer de su persona; su dinero y sus demás bienes están en poder de don Luis, y él y yo velaremos por ella, le serviremos en cuanto se le ofrezca, y ustedes, que son sus buenas amigas, no la abandonarán. Si, como ustedes creen, no hay combates en la ciudad ó sus cercanías y se hace la paz

sábado de la próxima semana será la solemne profesión; si continúa la guerra, no hay que pensar en ceremonias religiosas ni en otra cosa más que en escapar el pellejo... entonces Dios dirá y si sus amigas la inclinan a cambiar su resolución, yo me lavo las manos.

Teresa iba á discutir con el padre Martín y á comunicarle su intención de hablar con Aurora, si posible era, mañana siguiente, cuando Manuel y Valentín se presentaron ataviados con su vistoso traje militar y sus espadas ceñidas. Josesito, Arturo y Joaquín los seguían. Venían á despedirse, pues cada cual tenía que dormir en la ciudad.

Florinda, Luis y las poblanas, se dispusieron también á partir. La despedida fué cordial y sencilla: un apretón de mano los hombres, y sus besos en las mejillas las señoras, y «hasta mañana,» eso fué todo.

D. Mariano el filósofo no pudo ocurrir á tiempo para tomar el café, como había prometido á Josesito, y llegó en ese momento en un carretón á recoger á su familia.

—

A las once de la noche, la quinta había entrado en un completo silencio, el comedor despejado, los muebles puestos en su lugar, las luces apagadas.

Bolao, que quedó encargado del cuidado de ese castor, cumplió al pié de la letra las instrucciones de Mariana. De los carruajes que volvieron de la ciudad, después de haber dejado á las visitas en sus casas sin accidente alguno, quedó listo uno. Se ensillaron tres caballos, y la guarnición de ordenanzas, algunos inválidos y heridos, se distribuyó con sus armas cargadas entre

la huerta y las azoteas, se cerraron bien las puertas con llaves y dobles trancas, y organizado ya este aparato de defensa, Bolao vino á dar cuenta á su ama y señora.

Cuando Teresa observó la quietud y el silencio de la quinta, donde poco antes reinaba la alegría y el bullicio, se le fué, sin saber por qué, cerrando el corazón, y lo mismo pasó á Celestina, á Carmela y á la jalapeña. Cuando Bolao entró, después de recorrer los patios, jardines y azoteas, las encontró sentadas, silenciosas y con las fisonomías tristes, alumbradas por dos velas que servían para proyectar sombras en los muebles y cortinajes del espacioso salón.

La noche, que había sido tibia y clara, comenzó á oscurecer, y los relámpagos en el horizonte daban testimonio que la atmósfera estaba cargada de electricidad y que no tardaría en caer una de esas tormentas repentinas tan frecuentes en México.

—Todo está cerrado y seguro,—dijo Bolao;—los centinelas colocados en la huerta y azotea, y un carruaje y tres caballos listos para lo que pueda ofrecerse, así lo ordenó Manuel y así está hecho. Pueden ustedes retirarse á dormir con toda tranquilidad, que lo que es por esta noche, ni aquí, ni en la ciudad puede haber peligro alguno. Los americanos andan vagando en los pueblos cercanos sin saber cómo atacar, ni fijarse por qué garita deben entrar.

—No tengo motivo de inquietud, y por lo menos esta noche no hay peligro, pero no sé qué me pasa; no podría dormir,—dijo Teresa.

—Ni nosotras,—exclamaron á una voz las muchachas.—Acabaremos la velada despiertas, y cuando salga la luz nos inclinaremos un poco, mientras alguno de los nuestros

viene de la ciudad, ó cuando menos el mozo de Luis, que nos prometió enviar con los periódicos.

—En ese caso, si les parece, subiremos al mirador. Desde allí se descubren todas las calzadas,—dijo Bolao.—Estando á oscuras nadie nos verá, y al mismo tiempo tendremos un aire fresco. Con la buena cena, el champaña y la fatiga, me abraso de calor.

Aceptada la proposición, el amplio mirador de cristales fué ocupado, y las muchachas instintivamente se estrecharon unas contra otras, como si temiesen un peligro cercano.

Efectivamente, la escena tenía cierta majestad aterradora. Las calzadas estaban solas; á lo lejos, como que chispeaban las luces de la ciudad, reluciendo un momento y oscureciéndose después por una nube que descendía rápida; el viento arreciaba, sacudía y resonaba entrando y saliendo en la copa de los dos grandes fresnos, y de cuando en cuando se escuchaba el eco lejano de los centinelas de los puestos avanzados.

O exhalaciones luminosas, ó disparos tal vez, pasaban por entre las nubes que no tardaron en amontonarse y descargar con furia especialmente por el rumbo del Peñón Viejo, que Juan Bolao les indicaba.

—¿Si estará Arturo en ese cerro?—decía Apolonia—Pobrecito, estará en este momento empapado, y nos otras aquí muy tranquilas, sin que nos caiga una gota de agua.

—Si mi pobre José,—interrumpía Celestina,—habrá tenido que comunicar alguna orden.

—Si papá Valentín,—añadía Carmela,—estará corriendo á caballo por esa calzada tan triste del Peñón.

Teresa pensaba en Manuel, pero nada decía.

Bolao las tranquilizaba diciéndoles que las personas á quienes se referían, estarían durmiendo muy cómodamente en el Palacio ó en sus cuarteles, pero que pensaba que los batallones de Victoria é Independencia estarían que se les podría exprimir, y que Luis, aunque muy precavido, seguramente estaría en el Peñón sufriendo la tormenta.

En estas y otras conjeturas pasó el tiempo; la lluvia cesó, pero quedó el cielo cubierto, encapotado y negro; las damas, soñolientas y más sosegadas, resolvieron descender á sus recámaras y acostarse. Bolao prometió quedar en vela y cuidarlas.

Como á las dos de la mañana, Bolao, que después de hacer su ronda había vuelto al mirador y fumaba con tranquilidad su puro habano, creyó oír las pisadas de un tropel de caballos. Descendió precipitadamente del mirador, subió á la azotea que dominaba la primera muralla ó pared de la quinta y se puso á observar. De la oscuridad del camino fueron saliendo como una aparición extraña unos grupos de caballos enormes, montados por una especie de gigantes de siniestras figuras. A la cabeza, y á cierta distancia, venía el jefe montado también en un hermoso caballo negro, pero de menos alzada que los de los soldados. Bolao conocía en el interior caballos tejanos de dos varas de alzada, y en la hacienda de la Florida había raza fina americana; pero jamás había visto caballos de tal tamaño, que se engrosaba con las preocupaciones de su imaginación y las sombras de la noche oscura.

La cabalgada hizo alto en la puerta de la quinta. Bolao sacó su pistola que tenía ceñida en la cintura, y con voz entera y fuerte dió el *¡Quién vive!*

—Gente de paz,—le contestó una voz que no le era desconocida.

—¿Se puede saber con qué fin ha hecho alto la patrulla en la puerta de esta quinta?

—Y como que sí, amigo Juan, siempre que nos dé usted permiso para entrar y tomar una copa. Ya sabemos que usted es el jefe de este castillo, y de ninguna manera se trata de atacarlo.

—¡¡Rugiero!!—exclamó Bolao sin poder disimular su sorpresa.

—El mismo, amigo mío.

—Voy al momento á abrir,—contestó Bolao.

—No es necesario. Tiene usted llaves, y cerrojos, y dobles trancas muy difíciles de quitar, y vamos á alarmar á esos débiles inválidos que tiene usted de centinelas. Por la reja de una de las ventanas del costado, puedo fácilmente subir si usted me da la mano para salvar la cornisa saliente, y con este motivo haré notar á usted que ese lado es el débil de la casa, y mientras los centinelas vigilan en el lado opuesto por el Sur, se pueden subir por el Norte cuantos hombres quieran, por poco diestros que sean, y una vez tomadas las azoteas el castillo tiene que rendirse.

Rugiero se apeó y dió las riendas de su caballo al negro que vestía un traje como su cara, y ordenó á la patrulla que en silencio esperase en el costado opuesto, que era un callejón estrecho que separaba la quinta de las casas inmediatas, que estaban medio arruinadas y vacías.

Juan Bolao pasó al sitio indicado. Rugiero subió por la reja, tomó la mano que Bolao le tendía y saltó con facilidad la cornisa saliente. Cinco minutos después,

nuestros dos personajes estaban en el salón, á donde fueron apareciendo despavoridas y asustadas Teresa y sus compañeras, que habían oído el tropel de los caballos, la voz y los pasos de Bolao.

Rugiero mismo avivó la luz moribunda de las lámparas, y comenzó con la mayor naturalidad á platicar y á tranquilizar á las damas, que atraídas por una fuerza desconocida, hicieron estrado á su derredor. Bolao mismo volvió con una botella de cognac y una copa.

—A la salud de las hermosas damas presentes, y de los valientes guardias nacionales, y militares ausentes.

Las muchachas, haciendo un gesto de repugnancia, apenas tocaron con sus labios el borde de las copas.

—No puedo prescindir de hacer una visita á la quinta, aunque no he sido invitado á las famosas veladas. Si hubiese encontrado todo en silencio, habría pasado de largo, pero el amigo Juan me dió el *¡Quién vive!* que es la palabra de guerra más tonta que he visto en mi vida, trabamos conversación, me invitó á entrar y ya estoy aquí. Lo hemos hecho todo con el mayor silencio, pero la zozobra y la inquietud no dejan lugar al sueño, y esto me ha proporcionado el placer de saludar á mis antiguas y buenas amigas.

—¡Pero con mil diablos!....—exclamó Bolao.

—Con uno solo,—le interrumpió Rugiero sonriendo.

—Sí, repito,—continuó Bolao;—¿como andáis á estas horas, con esta noche tan lóbrega y seguido de una patrulla de americanos? porque supongo que esos hombres montados en caballos del tamaño de elefantes, son de la caballería norte-americana.

—Ya veréis. Os dije esta tarde que se andaba en negociaciones de paz. No he podido resistir á las insinuacio-

nes del capitán Grant y del general Worth, que están muy interesados por que termine la guerra antes de que comiencen de nuevo las batallas; pero como es necesario el mayor secreto, se convino en una junta en la casa de Alfaro, en la calzada de San Cosme, que tendría lugar á las tres ó cuatro de la mañana de hoy. El general en jefe asistirá y hablará con el comisionado del Gobierno de los Estados Unidos. Yo voy á arreglar tan importante entrevista, y tengo un salvo conducto para mí y una escolta de cincuenta hombres, y además había que por este rumbo no encontraría alma viviente. A propósito, y antes de que se me olvide: quiero dejaros también un salvo conducto del cuartel maestre americano. Con él podréis pasar á pié, en coche ó á caballo por las líneas americanas, seguido hasta de tres mozos; puede seros muy útil para tantos lances como deben ocurrir.

—¿Cree usted, Sr. Rugiero,—se aventuró á decir tímidamente Teresa,—que al fin no se hará la paz?

—Mucho me lo temo, porque yo no he visto hombres tan preocupados y pagados de sí mismo como los mexicanos. Sólo los españoles son peores.

—¡Cómo! es una ofensa lo que estáis profiriendo,—le interrumpió Bolao,—y eso en casa de buenos amigos, que sois el tipo del hombre de mundo y de esmerada educación.

—Ya lo véis; vuestra respuesta no hace más que confirmar la verdad de lo que acabo de decir. No os ofendáis, pues lo que digo, bien mirado, honra el carácter mexicano, y da prueba evidente del orgullo tradicional de la hidalguía de la raza española, pero tened en cuenta que los americanos vienen derramando otra cosa

mejor que las águilas de la libertad: las águilas de oro, y vosotros no tenéis un peso partido por la mitad.

Los americanos tienen unas formidables armas de repetición que se cargan por la culata, y mientras los soldados mexicanos disparan un tiro y cargan á once voces, los rifleros americanos disparan diez tiros certeros.

La artillería mexicana alcanza trescientos metros, la americana más de mil.

Vuestros soldados almuerzan un poco de arroz y una tortilla, mientras cada americano se come dos libras de carne y dos ó tres cuartillos de cerveza, ó una buena ración de *whiskey*.

Los Estados Unidos tienen veintidós millones de habitantes, y vosotros apenas sois dos millones de gente blanca, pensadora, apta y capaz, con cinco millones de indios excelentes para cultivar el maíz y para batirse con una especie de frialdad é indiferencia, pero nulos para todo lo demás.

—Es que los indios también son... Morelos descendía de indio, y los indios hicieron la independendencia y...

—No entablemos una cuestión histórica y fisiológica respecto á los indios en estos momentos,—le contestó Rugiero.—Confesad que hay muchos puntos de inferioridad en estos momentos, entrando en una comparación con los americanos, y sobre todo, vosotros perdéis vuestros hijos, vuestros hermanos, vuestros amigos; los americanos nada pierden de su propia familia. Sus soldados son los aventureros de todas las naciones. Entre los soldados que traigo de escolta, hay dos alemanes, tres irlandeses, un francés, un ruso, un croata, dos griegos, qué sé yo... el caso es que ninguno es nacido en los Estados Unidos, y no creáis que la paz que voy á pro-

poner es humillante, ni de balde. Se saludará al pabellón tricolor; se desocupará Veracruz; se fijará un límite desde las orillas del Río Bravo hasta la California, y se dará á México, además, mucho oro, inmensa cantidad de oro. Traigo en los bolsillos millones de águilas de oro puro; no se necesita más que un par de firmas, y las casas más fuertes de México vaciarán sus cajas á la primera palabra que yo les diga... Con todo y esto, no habrá paz,—añadió Rugiero con una profunda convicción,—y quién sabe si muchos de nuestros amigos no volverán á comer y beber champaña juntos en las famosas veladas á que no he sido convidado.

Las damas se pusieron pálidas, y un frío corrió por su cuerpo como si se les hubiese vertido por la espalda un vaso de agua helada.

—No hay que asustarse ni que formar siniestras conjeturas,—añadió Rugiero queriendo reparar el mal efecto que habían hecho sus palabras;—voy á trabajar con el empeño de un verdadero diablo, pero cuidado con revelar este secreto, ni aun mi visita á esta quinta. Si se sabe en México que Santa Anna está dispuesto á hacer la paz, se le llamará traidor y no durará dos días en el poder. El general València no desea más que un pretexto para subir al poder y continuará la guerra. Es valiente y tiene el mismo valor lo ciega. Cree que puede con un soplo hacer desaparecer el ejército norte-americano; nadie le quita esa idea de la cabeza. Pronto veremos el resultado. La entrevista que voy á tener no la sabrá nadie, nadie, más que Dios y el diablo, y si se pregunta á los representantes de ambas fuerzas, la negarán. La historia nada dirá de esto, nada dirá, y será necesario que alguno

que tenga tratos y una cierta amistad con el diablo, la refiera con pretexto de un capítulo de novela, para que, pasados los años, llegue á saberse, y aun así no la crearán...

Se acerca la hora, y quiero llegar á la casa de Alfaro cuando la manecilla de mi reloj apunte las tres y media.

Rugiero se levantó del sillón, se despidió con mucha amabilidad de las señoras, les dió la mano que encontraron excesivamente caliente y áspera, á pesar de la aparente suavidad del cutis, y se dirigieron á las ventanas para verlo pasar, pues Bolao insistió en quitar las trancas y cerrojos, y abrir la puerta principal, y hacerlo salir por ella. En efecto, montó en su caballo prieto, y la escolta salió del escondite.

Teresa, Celestina y Apolonia, abriendo tantos ojos, llenas de un terror desconocido, vieron alejarse y perderse en las tinieblas á su misterioso amigo, seguido de sus soldados montados en sus colosales caballos, cuyas fuertes pisadas turbaban el profundo silencio de esa negra y tempestuosa noche.

CAPÍTULO LVIII

La ambulancia militar

BUENA estuvo la función de ayer, Sor Micaela. Verdadera función de la preciosa Sangre; arroyos de sangre, como dicen las ancianas cuando hablan de la guerra. Ese pobre general Blanco, que le entró la bala por un carrillo y le salió por el otro, y vea usted, Sor Micaela, el milagro que hace Dios con las balas. Creí que le había llevado la lengua, y que si sanaba quedaría mudo. Pues nada, la lengua inflamada, pero intacta; lo acabo de ver, no sigue mal, aunque no respondo de su vida. Quien escapó en una tabla fué el poeta, su favorito de usted, el poeta Prieto, que le ha regalado á usted los cuantos versos á San Vicente de Paul. Cercado por todas partes de los azules, y en medio de un granizo de balas, no sé cómo no lo hicieron trizas. D. Agustín Reyna y Alebrita se lo sacaron en ancas. Qué diablo de gente; por donde quiera se les veía ayudando á los jefes

mexicanos. Josesito corrió mala suerte, ya lo conoce usted, Josesito el ayudante del general Anaya. No sé qué le pasó por la cabeza, el caso es que ya me lo encontré de ayudante del general Valencia, la vanidad y el deseo de figurar. Creyó que el general Valencia iba á ganar, y se figuró que sin riesgo iba él también á participar de la victoria, y ahí tiene usted que le salió mal el cálculo. Lo mandó el general á comunicar una orden, y en el tránsito una bala de rebote le dió en una taba. Bajó del caballo dando de gritos y cayó al suelo. El caballo, luego que se vió libre, se escapó. A la hora de la derrota, pasó cerca el Ahualalco, Josesito gritó como un desesperado, el guerrillero lo levantó y se lo echó en ancas, pero á poco, viéndose cercado en una vereda, largó al pobre José en una barranca y se abrió paso con su machete en la mano. Josesito fué hecho prisionero y llevado á San Agustín de las Cuevas. Ya le cuento á usted de los conocidos, Sor Micaela, ahora dígame cuántos heridos tiene aquí.

—Aquí ningunos, doctor; todos están en el hospital de San Andrés ó en San Pablo.

—Crea usted, Sor Micaela, que ya me cansaba ayer,—continuó diciendo el doctor,—de cortar brazos. Vea usted qué puntería la de los rifleros americanos. Todos los tiros son del pecho para arriba; así es que hemos tenido relativamente más muertos que heridos. Una sola pierna tuve que amputar.

—¡Qué manía la de ustedes!—respondió Sor Micaela,—apenas ven un herido, cortan y dejan á las pobres gentes inválidas. Eso no se hace en España.

—Eso se hace en todas partes, Sor Micaela, pues que en los campamentos y sucediéndose las batallas unas á

otras, no se puede cuidar á los heridos con tanto esmero, y si no se corta el miembro lastimado viene la gangrena y la muerte; pero no tenemos mucho tiempo para platicar, Sor Micaela, y vengo á ver lo que disponemos para mañana, que tendremos *mucho fandango*, como dicen los yankees. No deje usted de nombrar á Sor María de las Nieves; es una muchacha intrépida como no he visto otra; pasan las balas silbando junto de ella, y ni pestañea; también es necesario que vayan los perros, que nos sirven para descubrir á los heridos que á veces están sin sentido entre escombros, y carretones, y caballos muertos... ¡Ah! se me olvidaba. Macaria debe haber recogido una de mis bolsas de instrumentos, que dejé al hacer la última curación.

—La bolsa aquí está,—le contestó Sor Micaela.—Macaria me la entregó y voy á devolvérsela á usted. En cuanto á nosotras, estamos listas á lo que se nos mande, al general en jefe es á quien tiene usted que pedir sus ordenes, ó al cuartel maestre, ó á quiénes ustedes obedezcan en estos casos.

—Ya se entiende, Sor Micaela,—contestó el doctor,—gracias por haberme guardado mi bolsa; pero quería antes saber con cuántas hermanas podía contar.

—Si á usted le parece que bastan con cuatro ó seis, estamos ya listas, y hoy me tocará ir á su cabeza.

—Nada, Sor Micaela, eso no,—le dijo el doctor,—usted debe quedar aquí donde hace más falta para dirigir. Lléveme usted á Sor María de las Nieves, con Macaria y cuatro hermanas más, y ya verá usted qué bien me acompañarán.

Platicaban en la sala de recibir del colegio de las Bonitas, de la manera que acabamos de indicar, el doctor

Juan Guijarro, jefe de una sección del cuerpo médico militar, y Sor Micaela Ayans, superiora de las Hermanas de la Caridad.

El convento de las Hermanas presentaba ese día un aspecto de calma y de tranquilidad igual al de los interlocutores, y que formaba un contraste con la agitación y los siniestros rumores de la calle. El general Valencia se había situado en un punto que después se supo que se llamaba *Padierna*, y mal colocado allí, porque los estrechos senderos, las barrancas y el contrafuerte accidentado de la sierra, hacían difíciles las maniobras, y la retirada imposible, fué derrotado por los norte-americanos, que penetraron por el Pedregal, flanquearon la posición, é introducido el desorden, cada cual se salvó como pudo, y los regimientos que permanecieron firmes fueron acribillados por las balas, pereciendo muchos soldados y resultando un número considerable de heridos.

El general Santa Anna, con una fuerte división, permaneció en San Angel, sin querer prestar auxilio á Valencia. La rivalidad y el odio de los dos generales estallaba delante del enemigo, y el enemigo se aprovechó de la buena oportunidad.

El doctor Guijarro tenía fama entre la tropa, por la delicadeza y prontitud con que hacía las operaciones, y por su sangre fría sin igual; de modo que se portaba en el campo de batalla como si estuviese en el hospital dando las lecciones á los practicantes, y de un buen humor inalterable y chanceando siempre. Su único defecto era ser muy afecto á cortar brazos y piernas, porque, según decía, era mejor quitar el miembro dañado, que no exponer al herido á la gangrena y á la muerte.

Sor Micaela era una robusta catalana de cosa de cua-

renta años de edad, de buen parecer, maneras un poco bruscas y naturales, pero la mujer más caritativa y más santa para cumplir su misión, y sobre todo de un talento especial para la dirección de los hospitales. El doctor, aunque algo descreído y de costumbres ligeras, era entusiasta admirador de las Hermanas de la Caridad, y las estimaba, pues era testigo de su admirable abnegación y de su intachable conducta en el servicio de los hospitales. Sor Micaela estimaba también mucho al doctor por su carácter franco y su habilidad especial en la cirugía.

Esta mutua simpatía y buenas relaciones, eran causa de que en toda especie de servicios el médico y las hermanas caminasen en un perfecto acuerdo, y precisamente por esto se explica la visita del doctor al convento antes de recibir las órdenes del jefe del cuerpo médico.

—Eh, Sor Micaela, me marchó,—dijo el doctor, guardando en el bolsillo su estuche de instrumentos que la superiora le entregó.—Voy á tomar las órdenes y no dilataré en venir un coche de la ambulancia. Supongo que tendremos buena provisión de hilas, vendas y los demás cachivaches que son necesarios. Ya usted conoce el oficio mejor que yo.

—Nada faltará, doctor; descuide usted.

—Ya me cuidaré de elegir un buen sitio para el hospital militar. Si nos metemos ayer en ese agujero de *Padierna*, esté usted segura, Sor Micaela, que ni yo ni las pobres hermanas hubiéramos escapado con vida. Bueno es que el hospital esté á la mano para atender inmediatamente á los heridos, pero no de manera que pueda ser envuelto y arrollado. Se lo estuvieron diciendo al gene-

ral, D. Agustín Reyna, Culebrita y los muchachos, que conocen ese terreno como si fuera su casa; pero nada, encastillado en que él conocía el Pedregal, y Ansaldo, y las barrancas más que ellos, así le fué. Eh, adiós, Sor Micaela. ¡Quién sabé dónde será hoy la función!

El doctor partió como un rayo, y la superiora hizo venir á las hermanas para darles sus instrucciones.

El convento estaba limpio y arreglado, como si esperasen la pacífica visita del arzobispo. Una quietud y un silencio solemne reinaban en aquel vasto edificio; grupos de muchachitas desde cuatro á diez años, vigiladas por dos hermanas, vagaban alegres y descuidadas por los patios y corredores, y los rezos y servicio religioso, las faenas interiores, la enseñanza de las niñas y todo se hacía con la misma regularidad y calma ordinarias, y como si nada de extraordinario ni de grave pasase en las cercanías de la ciudad.

—Se ha empeñado el doctor en que salgáis hoy también,—dijo la superiora á Sor María de las Nieves.

—Lo deseaba yo,—respondió Sor María mirando expresivamente á la superiora,—pero haré lo que se me ordene. No tengo más voluntad que la vuestra.

—Ya sabéis, Sor María, que Dios nos guarda y nos defiende, y también él señala el término de nuestra vida... pero calle; sin duda no habéis advertido que estáis llena de sangre.

Sor María de las Nieves, que así se le llamaba entre las hermanas á Celeste, se puso encarnada y se miró de arriba abajo, se quitó su toca blanca y se convenció de que la superiora tenía razón.

—Fué un pobre soldado de guardia nacional, á quien tuve que levantar un poco para que el doctor pudiera

reconocerlo,—contestó Celeste.—El pobre murió en mis brazos. ¿Habrá tiempo para cambiar la ropa?

—Creo que sí. El doctor ha quedado de mandar un carro de la ambulancia, y él os conducirá al lugar donde se establezca el hospital.

Celeste, nuestra antigua y buena amiga, había permanecido en el convento de las Hermanas de la Caridad olvidada de todo el mundo. Arturo, preocupado, casi loco por Aurora, y divagado y entretenido con Apolonia, no le había consagrado ni un solo pensamiento, ni aun en las horas de meditación y de reposo. Josesito, entregado á la política, á la guerra y enajenado con las ardientes caricias de Celestina, no volvió á ocuparse de Celeste, y Manuel, absorbido con sus funestos presentimientos y en la horrible vacilación en que vivía pensando casarse con Teresa, y una hora después aplazando su unión, ni tiempo había tenido para informarse de su antigua amiga de Jaumabe; sólo Teresa, cumplida, sensible y buena con todo el mundo, no había dejado de escribir cada semana á Celeste cuatro renglones amables, informándose de su salud, recibiendo una respuesta afectuosa sin preguntar ni indirectamente por Arturo ni por ninguna otra de las personas que componían la tertulia de la quinta. No hay necesidad de decir que el padre Anastasio no abandonaba ni un instante á su antigua protegida. Diariamente se informaba de su salud, y el sábado de cada semana la saludaba y hablaba con ella cinco minutos. Algunas veces lo acompañaba el doctor Martín, que sabía una parte de la historia. Los perros, los fieles perros que en Jaumabe, en Tampico y aun en la capital eran acariciados por sus amos y por cuantos los visitaban, habían sido relegados también al olvido, y meses

y meses pasaron sin que nadie recordase que habían existido.

La sociedad que se reunía en la quinta, y que en lo general era compuesta de personas de excelente corazón, tenía, como la mayor parte de los humanos, sus tendencias á la ingratitud y al egoísmo.

Celeste, huérfana, sola en el mundo, que no tenía amor terrestre ninguno, que se veía completamente relegada, no sólo al olvido, sino al desprecio del único hombre que amaba, que sufría la amargura de considerarse tal vez odiada de Aurora y abandonada de la mayor parte de sus amigos, se encargó de los pobres y fieles animales que tenían tan mala suerte como ella. El padre Anastasio, á quien comunicó su idea, los recogió y entregó á Macaria, pasándole una pensión mensual para que los mantuviese y pagase el arrendamiento de su casita de la calzada de Santa María, á pesar de hallarse al servicio de las hermanas. Diariamente sacaba Macaria á pasear á sus perros, como ella les llamaba ya, y hacía que fuesen á hacerle fiestas á su antigua ama. Sor Micaela, apenas consentía un par de gatos en el colegio, y por una decidida afeción por Celeste, que era tan cumplida y tan buena, permitía que Macaria llevase un sólo momento y sin que pasasen del primer patio, á los animales, ya un poco viejos, pero fuertes y expeditos con la buena asistencia que tenían.

El padre Anastasio se presentó delante de la superiora.

—No debemos tardar,—le dijo,—parece que las tropas americanas se comienzan á mover de sus posiciones y vienen sobre las garitas. Los regimientos atraviesan la ciudad; parece que el general Santa Anna se mueve también de San Angel y les impedirá la marcha en las cal-

zadas... que sé yo; va á pasar algo terrible, habrá muchos heridos y moribundos, y yo, teniendo que cumplir con mi deber, he escogido el hospital que está á cargo del doctor Guijarro, que es amigo mío. El me manda con el coche de la ambulancia que marche con las hermanas por el rumbo de Churubusco, donde él nos esperará con sus enfermeros para situar el hospital en el punto más conveniente en vista de los sucesos que ocurran.

—Las hermanas están listas,—contestó Sor Micaela,—y muy contenta estoy de que acompañe usted á Sor María de las Nieves. Los dos van á hacer prodigios. Así será la voluntad de Dios.

Celeste se presentó en ese momento con sus hábitos limpios y su tocado blanquísimo.

Ella, cuatro hermanas, el padre Anastasio y Macaria con los dos perros, montaron en el coche de la ambulancia, pintada en el rostro de todos una dulce serenidad, y más contentas que Elena y Margarita cuando fueron á San Angel al fatal día de campo que tantos pesares les ocasionó.

El coche, ó más bien el carro de la ambulancia, tirado por cuatro buenas mulas, atravesó con estrépito los empedrados de la ciudad, y á poco desapareció entre una nube de polvo en la calzada del Niño Perdido.